

# 29: La Furia - La Carrera Perfecta

- [29: La Furia - La Carrera Perfecta](#)

# 29: La Furia - La Carrera Perfecta

Seis.

Ryan contó seis víctimas futuras en el vestíbulo mientras disparaba, incluyendo a Sarin. Algunos buscaron refugio, mientras otros inmediatamente se lanzaron hacia él. Todos eran Psicós, y pronto, estarían muertos.

Una era una mujer sin rasgos, hecha de tinta negra, con una silueta bastante atractiva. Las balas atravesaban su cuerpo con facilidad, aunque la ferocidad del ataque la había dejado momentáneamente atónita. Otro era un hombre pálido hasta lo enfermizo, sin cabello, vestido solo con pantalones negros; aunque parecía enfermizo, poseía músculos de nadador olímpico. A diferencia de sus compañeros, no buscó refugio, sino que esquivaba las balas con reflejos sobrenaturales. El cuarto Psycho en la sala era un humano en traje sin rasgos faciales, ni orejas ni ojos, y el quinto un híbrido humano jaguar. A diferencia de sus congéneres, esa felina soportó unos cuantos balazos en el pecho y sobrevivió.

Respecto al Psycho tentáculo tras la barra...

No, no era tentáculo. Con una mirada más cercana, lo que Ryan confundió con tentáculos resultaron ser brazos transparentes de energía escarlata. El mensajero contaba una docena, elevando con ellos la cabeza de una mujer sin cuerpo, con rasgos asiáticos y cabello negro largo, flotando sobre el suelo.

Probablemente se llamaba Pendejada o algo por el estilo.

“Señorita Chernobyl, ya te dije una vez que, ocurra lo que ocurra, no te tomaré en serio,” dijo Ryan, disparando nuevamente a Sarin antes de que se recuperara y abriendo más agujeros en su traje. Debido a su abrumadora potencia ofensiva, era prioritario eliminarla primero. “¿Adivina qué! ¡Todavía no lo hago!”

“¿Sarin, quién diablos es este tipo?” preguntó la mujer de tinta, su cuerpo cambiando de negro a carmesí mientras cargaba hacia Ryan. Por un momento, el mensajero recordó a Bloodstream, para su desagrado. “¿Tu ex?”

“¡No sé, vale!” protestó Sarin, arrastrándose por el suelo hacia la puerta más cercana, mientras los vapores tóxicos salían por los agujeros en su traje causados por Ryan. El gas corroía las paredes metálicas del refugio, oxidándolas. “¡Estoy filtrando!”

“¿Puedes convertirte en tinta y cambiar de color?” preguntó Ryan a la mujer de tinta. “¿Cómo te llamas, Inky Winky?”

“Máquina de Tinta,” respondió la mujer con un dejo de orgullo herido, transformando sus manos en hachas e intentando decapitar al mensajero con ellas.

“Supongo que no fuiste lo suficientemente buena para llamarte Máquina Asesina,” la provocó Ryan, deteniendo el tiempo por tres segundos para esquivar su camino. Considerando su poder, sus balas no le harían nada, así que decidió centrarse en los demás primero. La sorpresa no duraría para siempre.

“¡Un teleportador!” gritó alguien en cuanto el tiempo volvió a su curso.

“Incógnito, baja y llama a Frank! ¡Haremos que ese maricón duerma en la tierra!” La cara de Pendejada abrió la boca y escupió una corriente de fuego hacia Ryan. El mensajero esquivó, la llamarada impactó contra una pared y comenzó un pequeño incendio.

“¡Es un espacio cerrado, estúpida puta!” gruñó el Hombre Pálido, tomando bolas numeradas de billar y lanzándolas con precisión mortal hacia Ryan. La Meta puede trabajar en equipo, pero claramente, no se respetaban ni confiaban unos en otros.

Deteniendo el tiempo otra vez por cinco segundos para evitar los proyectiles, Ryan aprovechó la oportunidad para pisar a Sarin y bloquear su huida. Al ver al hombre sin rostro en traje, llamado ‘Incógnito’, correr hacia el ascensor, el mensajero le disparó por detrás con la destreza perfeccionada tras innumerables reinicios justo cuando el tiempo se congeló. Cuatro balas, dos del arma de resorte, impactaron en su cráneo y pecho desde la espalda, haciendo que el cadáver cayera al suelo.

¡Golpe crítico!

Sin embargo, el mensajero se quedó sin proyectiles para sus armas, lo que le obligó a deshacerse de ellos. Fuckface gruñó, volando en su dirección, con sus brazos telequinéticos de color carmesí extendiéndose peligrosamente hacia su cuello, mientras Inky Winky lo flanqueaba.

Ryan abrió su gabardina, revelando un cinturón de explosivos atado a su pecho.

Y no del tipo amigable para los niños que usan los locos, sino la versión solo para adultos.

“¡NAGASAKI!” gritó, lanzándose como un toro hacia la cabeza voladora, como una vaca en celo.

Inmediatamente, Fuckface detuvo su ataque y retrocedió asustada, dejando vulnerable a su enemigo. Ryan le propinó una paliza con toda su fuerza. El guantelete la golpeó contra la pared, haciendo que sus brazos carmesí desaparecieran junto con su conciencia.

“¡Es una broma!” la retó Ryan. “Primero tengo que decir la palabra de seguridad.”

¡Pero él se lo estaba pasando tan bien! Era demasiado pronto para terminar con una explosión.

“No es teleportación”, dijo Pale Guy, lanzando más bolas de billar a la cabeza de Ryan con una destreza increíble. Aunque su sentido del tiempo estaba mejorado, el mensajero necesitaba pequeños ráfagas de detención del tiempo para evitar golpes en la cabeza. Tampoco Inky Winky facilitaba las cosas, acosándolo con sus manos-ax. “¡Él está confundiendo nuestra percepción, paralizándonos! ¡Mi poder no puede verlo claramente!”

“Entonces, un azul”, respondió Inky Winky, girando la cabeza hacia el hombre jaguar. “¡Rakshasa, no te quedes ahí, llama refuerzos!”

El bestial gimán lanzó un poderoso rugido, habiendo recuperado algo de movilidad tras sus heridas de bala. En ese momento, pequeñas criaturas peludas aparecieron a su alrededor en un destello de luz violeta. Parecían adorablemente monstruos gremlins, con pelo largo, dientes afilados y ojos entrañables.

Ay, hora de cometer un genocidio de goblins.

Ryan miró debajo de su abrigo para agarrar una nueva arma y disparar a todos, pero Pale Guy logró impactar su mano con una bola de billar, haciendo que la pistola volara a un rincón de la habitación. Inky Winky intentó entonces decapitar al cronokinético con su brazo-ax, y aunque falló, le cortó un mechón de cabello. Para empeorar la situación, los gremlins se lanzaron contra Ryan como una jauría de ratas rabiosas, y su amo seguía invocando más criaturas.

¡Argh, los Psychos se habían recuperado de la sorpresa y estaban retomando el control de la pelea! Como superaban en número a Ryan en un espacio cerrado con refuerzos en camino, él tenía que resolver esto rápidamente.

Las circunstancias desesperadas requerían medidas extremas.

“¿Quieres un concurso de peludos?” preguntó Ryan, sacando su arma secreta de su gabardina. “Sé que debería decir que no es personal, pero ¿adivina qué?”

Presionó el botón de encendido del peluche.

“Lo es.”

Y luego lanzó el terror entre sus enemigos.

La Chica Tinta era la más cercana, por lo que fue la primera en ver al peluche. La figura levantó la vista hacia ella con sus pequeños ojos azules, toda una muestra de inocencia. Su cuerpo emitía chispas violetas, una energía que invadía sus extremidades y su pelaje.

La Máquina de Tinta no entendía.

Y de repente explotó, mientras dos rayos láser carmesí desintegraban su torso y agujereaban la pared tras ella. El resto de su cuerpo de tinta se convirtió en un charco.

“¡Te amo!” dijo el peluche con su dulce voz grabada, sus ojos azules ahora rojos carmesí. La figura se volvió hacia las gremlins y los vaporizó con solo una mirada, aunque estas se lanzaron contra él furiosas. La sombra que proyectaba en las paredes no era la de un conejo, sino la de algo más grande, fuera de este mundo.

“¡Te amo muchísimo!”

Luego se lanzó directamente hacia el Hombre Jaguar a una velocidad increíble, saltando hacia el sorprendido Psicópata. De su diminuta pata surgieron cuchillas, y se abalanzó sobre el estómago del Psicópata, abriendo un agujero por dentro.

—¡Vamos a Disneyland!— gritó mientras se enterraba en el pecho del Rakshasa, el jaguar retorciéndose de un dolor terrible mientras la muñeca se desplazaba por su pecho.

Ryan escuchó voces provenientes de las sombras; voces que no parecían de este mundo. Hablaban en susurros, lanzando amenazas de muerte en un idioma extraño que apenas lograba entender. Si la criatura había llegado a estas alturas, entonces el efecto podría empezar a extenderse fuera del refugio.

Y solo empeoraría con el tiempo.

—¿Qué es, qué es esto...?— el Chico Pálido miraba fijamente al conejo que se introducía en el estómago de su compañero. —No es un conejo... puedo ver... algo más adentro...—

Vaya, el Chico Pálido poseía algún tipo de poder sensorial. —No, no mires con esa habilidad—, advirtió Ryan, —es una idea terrible, no podrás manejar la verdad de esto—.

Pero él no hizo caso, y vio.

El Chico Pálido soltó un grito de puro horror, mientras su mente enfrentaba una verdad tan horrible, que la poca cordura que le quedaba al Psicópata simplemente se rompería. Inmediatamente agarró un taco de billar y cargó contra Ryan con intenciones mortales. —¡Detente!—

—No puedo, primero tienes que lanzarle un niño—, lo desafió Ryan, esquivando por poco un golpe dirigido a la arteria carótida. Sin embargo, no lograba encontrar una abertura, ya que el Psicópata enloquecido intentaba apuñalarlo sin cesar. —Cuanto más joven, mejor—.

El muñecito se impregnaba en el primer preadolescente que encontrara como su mejor amigo, pero, bueno... eso resolvería el problema, creando uno nuevo, aún más interesante.

El mensajero detuvo el tiempo, cortó el palo por la mitad con la mano y apuñaló en el ojo izquierdo al Chico Pálido con la punta. El asesino gritó cuando el tiempo se reanudó, y luego intentó enfrentarse a Ryan en combate cuerpo a cuerpo. El mensajero retrocedió, más preocupado por su propia creación que por el Psicópata.

Una vez desatado, no había forma de regresar el genio a la botella. A menos que pudiera apagar la criatura de sorpresa, Ryan no podía controlar al conejo asesino.

El munecito emergió del cadáver de Rakshasa empapado en sangre, transformando sus intestinos en un grueso lazo, y luego saltó sobre la espalda del Chico Pálido antes de que pudiera reaccionar, colocándole el organo en el cuello y comenzando a estrangularlo. El asesino tropezó mientras trataba desesperadamente de sacar al conejo de encima, jadeando por aire.

—¡Vamos a abrazarnos!— exclamó el munecito, su pelaje blanco ahora teñido de rojo. Parecía tan feliz y pacífico estrangulando al Chico Pálido. —¡Soy tu amigo!—

Lo peor era que Ryan no lo programó para tal violencia.

Simplemente, le encantaba matar.

Excepto el Chico Pálido, solo Sarin seguía viva, pero no podía mantener el gas dentro de su cuerpo en su traje. Era como alguien que estaba sangrando hasta morir, solo que en lugar de sangre, era gas. Sin esperar a que llegaran refuerzos ni que el munecito dirigiera su mortal atención hacia él, Ryan se dirigió al ascensor, lo llamó y entró. Solo había un piso más disponible, y hacia abajo.

El Chico Pálido levantó una mano hacia Ryan, con los ojos suplicándole misericordia, mientras el munecito lo estrangulaba con una expresión de felicidad plena. —¿Por qué?— logró musitar, mientras el mensajero pulsaba el botón de bajar. —¿Por qué?—

—Destrozaste mi auto—, respondió Ryan, dejando a el Chico Pálido a su suerte en una muerte dolorosa mientras las puertas del ascensor se cierran.

El sistema de transporte descendió varios pisos, haciendo que Ryan se preguntara hasta dónde se extendía el búnker... y cuán grande era. ¿Cubría toda la Ciudad Oxidada?

Finalmente, el ascensor llegó a su destino y su puerta se abrió.

Ryan entró en una cámara subterránea con paredes de metal negro y grueso. En el centro de la habitación, un proyector emitía una luz azul junto a un busto holográfico de Mechron: un anciano en sus setenta, con piel arrugada, cabello despeinado y barba blanca. Se podría haber confundido con un Gandalf o Dumbledore, si no fuera por la fría intensidad en la mirada del holograma. Dos puertas blindadas estaban enfrentadas en lados opuestos de la sala, aunque solo una se encontraba abierta.

Los restos de robots destrozados cubrían el suelo. Algunos parecían humanoides de metal negro, armados con rifles láser, mientras que otros eran drones de asalto voluminosos y aracnoides. Ryan reconoció los diseños como los de Mechron, muchos de estos máquinas habían masacrado comunidades enteras durante la Guerra del Genoma. En algunos rincones, el mensajero notó rastros de sangre seca y musgo. Los cuerpos habían sido dejados para sangrar y descomponerse, antes de ser removidos.

Claramente, los Meta habían luchado arduamente por esa planta y solo se molestaron en quitar los cuerpos de sus propios miembros. Probablemente los habían cosechado para extraer los Elixires de su sangre.

“¿Hay alguien allí?” gritó Ryan, pero no recibió respuesta. Seguro de que no sería emboscado, inspeccionó la sala y encontró un mapa del complejo frente al proyector.

Como era de esperar, la instalación era lo suficientemente grande como para abarcar la mayor parte de la Ciudad Oxidada, aunque ubicada tan profunda bajo tierra que solo podía accederse a través de la entrada principal. El piso superior del que acababa de salir era, en realidad, las viviendas y la parte más pequeña del complejo. El resto, mucho más protegido, era un laberinto de pasillos y habitaciones con nombres preocupantes escritos en bosnio.

Laboratorio A y B. Zona de cuarentena. Fábrica de nanobots. Planta de producción de robots. Almacén de armas A, B y C. Centro de mantenimiento de robots. Armería. Depósito de municiones. Zona de pruebas de armas. Replicador de materia. Centro de comunicaciones orbitales. Centro de mando U.B. Núcleo del reactor. Zona prohibida...

No era un búnker de supervivencia.

Era una instalación de producción y investigación de armas.

Una de las instalaciones de Mechron.

Incluso a seis pies bajo tierra, ese megalómano había dejado un desastre. Si tantos robots defendían las áreas menos importantes, entonces debía haber un ejército completo en almacenamiento debajo de la Nueva Roma. Un ejército sin amo.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Ryan, al entender finalmente el plan de la Banda Meta.

Esos bastardos enviaban gente a su muerte en un intento por atravesar las defensas, solo para acceder al centro de mando. Si lograban controlar a los robots de Mechron y cualquier arma que el Genio hubiera dejado, podrían tomar el control de la Nueva Roma o al menos ponerla en jaque a las demás facciones. Malditos, solo el arsenal les daría a los Psicós un tremendo impulso en poder de fuego.

Dedicado a causar tanta destrucción como fuera posible en el tiempo que le quedaba, Ryan atravesó la única puerta abierta.

Paseó por un pasillo alto, notando una gran ventana a su derecha. Echó un vistazo, observando lo que parecía ser una enfermería, aunque del tipo de un manicomio. La habitación llevaba años en desuso, las paredes blancas habían perdido su color, aunque Ryan vio cajas de suministros médicos apiladas en una esquina. Dos personas, un hombre y una mujer, estaban esposados a mesas operatorias diferentes. Por las manchas en su piel, eran adictos a la Beatitud.

Psyshock estaba ocupado tomando el control del cerebro del hombre, su tentáculo de cables atravesándole la boca. Mientras tanto, la mujer parecía sedada, con la mirada vacía.

El Psiquico levantó la cabeza al ver a Ryan entrar en la enfermería. “Pequeño Cesare.” Si tenía miedo o sorpresa, no lo mostró. “Qué extraño...”

“¡Omae wa mou shindeiru!” lo interrumpió Ryan en japonés.

“¿Qué?”

Una elección de palabras finales muy mala.

El mensajero detuvo el tiempo, acortó la distancia entre ambos en diez segundos, y luego lo golpeó en el instante en que el efecto terminó. La cabeza de Psyshock explotó en una lluvia de materia cerebral y otros fluidos, mientras sus cables se agitaban frenéticamente. Uno dentro del cautivo se deslizó, dejando los tentáculos en el suelo como un cadáver de calamar.

“¿Estás bien?” preguntó Ryan al cautivo, aunque no se movió para quitarle las ataduras, pues el viaje se acabaría en pocas horas.

El hombre respondió con un temblor, algo reptando debajo de la piel. Su cráneo cambió de forma, y sus ojos se volvieron blancos.

“¿Es esto una especie de síndrome de abstinencia?” preguntó Ryan.

Los reflejos de Ryan lo salvaron, ya que una tentáculo de cable emergió del pecho del hombre y casi le destroza el cráneo. El mensajero retrocedió, mientras más cables salían del cuerpo, con excepción del cráneo, que sufrió una metamorfosis biomecánica.

Pronto, una monstruosa mezcla de cables se alzó sobre la cáscara del drogadicto, con ojos fríos mirándolo fijamente.

“Debo agradecerle a tu padre por esto.”

Los ojos de Ryan se abrieron de par en par por la sorpresa, enfrentándose a un Psyshock renacido.

“Cuando me infligió esas heridas en nuestro último encuentro y me mostró su verdadero poder, me pregunté... ¿Y si había malentendido los límites de mi habilidad? ¿Podría permitir que trascendiera incluso la mortalidad?”

Sus tentáculos se lanzaron hacia la cabeza de Ryan, quien utilizó un breve intento de detener el tiempo para saltar hacia una esquina de la habitación.

“Puedo hacer más que leer mentes,” gritó Psyshock mientras continuaba su ataque, lanzando la mesa de operaciones contra Ryan. Este se agachó para esquivar el proyectil cuando impactó contra la pared tras él, intentando entender qué estaba sucediendo. “Puedo remodelarlas, reconectar sus cerebros, convertirlos en vasijas para algo más grande. Tomar control directo.”

Cada vez que fallecía, Psyshock poseía a un esclavo cuyas sinapsis había manipulado. Ryan recordaba la batalla en el orfanato; cómo el Psycho se había conectado forzosamente con su

rehén, y cómo los médicos notaron ondas cerebrales anormales incluso después de la muerte del loco.

“Intentaste hacer lo mismo con un niño,” se dio cuenta Ryan, horrorizado.

“¿Cuál?”

La fría respuesta llenó a Ryan de furia.

Ryan detuvo el tiempo y golpeó el rostro de ese monstruo sin alma hasta convertirlo en una pasta fina con Fisty, sin darle oportunidad de defenderse. Sin importar las consecuencias.

En cuanto el tiempo se reanudó, el segundo cautivo empezó a sufrir la misma horrible transformación. Ryan le ahorró la agonía con otro golpe mortal, lleno de asco.

“Te mataré en cada reinicio,” prometió el genoma al cadáver, buscando la forma de anular esa aterradora habilidad. Era como Bloodstream otra vez, aunque afortunadamente Psyshock debía morir primero para activar esa facultad. Las similitudes con su punto de guardado también lo inquietaban, y le daban aún más determinación para eliminar al maníaco de una vez por todas.

El mensajero se dirigió hacia las cajas médicas, abriéndolas para inspeccionar su contenido. Sus sospechas se confirmaron de inmediato.

Elixires falsificados de Dynamis.

Docenas de ellos. Si todas contenían más, entonces la cantidad aumentaba a cientos.

Está decidido, no hay forma de que un robo de esa magnitud no hubiera llegado a las noticias o provocado una represalia por parte de Dynamis. Atom Cat había adivinado correctamente: alguien dentro de la empresa proporcionó a los Meta su solución, armamento e información.

¿Para qué? ¿Para debilitarlos en su lucha contra Augusti mientras mantenían una plausible negación? ¿Para crear villanos que sus héroes debían arrestar? ¿O los Meta estaban explorando el búnker en nombre de su cliente, en lugar de perseguir sus propios intereses?

¿Quién era el proveedor? ¿Enrique? ¿Su padre Héctor? ¿O alguien a quien Psyshock había lavado el cerebro con su loable habilidad?

Ryan oyó pasos pesados provenientes del pasillo y rápidamente salió de la enfermería. Psyshock y un nuevo Meta caminaban al final del pasillo, frente a la entrada. El otro Psycho era un coloso de tres metros y medio de altura, una monstruosidad completamente hecha de acero oxidado. La parte superior del cuerpo era más grande que la inferior, con los brazos ligeramente más largos que las piernas. La bandera de Estados Unidos estaba pintada en su pecho. La criatura parecía más un tanque humanoide que un ser humano, incluso su rostro fue reemplazado por una máscara que recordaba a un personaje famoso de Star Wars.

Dios mío, Ryan adoraba Star Wars, incluso las precuelas. Sin embargo, le alegró que el viejo mundo hubiera terminado antes de que alguien pudiera sacar secuelas que solo buscaban hacer dinero. Serían terribles, lo sabía en lo más profundo de sus huesos.

—Es inútil, Cesare. Tengo cientos de embarcaciones a mi disposición —dijo Psyshock mirando al enorme Psycho—. Frank, mávalo, por favor.

—Sí, señor Vicepresidente —respondió con voz profunda, bajando la cabeza para desplazarse por el pasaje.

—¿Señor Vicepresidente? —preguntó Ryan.

—¡El Vicepresidente de los Estados Unidos de América, la nación más grande de la Tierra! —El gigante se lanzó hacia Ryan y—¡Santo cielo, era rápido!

Ryan no habría sobrevivido sin su poder de detener el tiempo; el enorme puño de Frank se detuvo a una pulgada de su rostro. Con rapidez, el mensajero dio una vuelta en el aire mientras lanzaba cuchillos a los ojos del gigante.

Cuando el tiempo volvió a fluir, el puño de Frank golpeó el suelo con una fuerza suficiente para sacudir toda la planta, la mano atravesando el suelo de aleación hasta la mitad del antebrazo. En cuanto a los cuchillos, se hundieron en sus ojos. Literalmente. El cuerpo del Psycho absorbió los metal y cuchillos en sí mismo.

—Tras la primera acometida, los humanos me dejan entrar. Quieren esto, Cesare —dijo Psyshock usando sus tentáculos para colgarse del techo sobre Frank, moviéndose como una araña biomecánica—. La gente quiere ser mi esclava. La carga del pensamiento, de la individualidad, los oprime. Pero yo entro en su cerebro, cuando elimino la confusión y la sustituyo con mi voluntad... se sienten verdaderamente felices. En el fondo, tú también lo deseas.

—Eres como un anuncio ambulante de control de natalidad, Psypsy —cada palabra que pronunciaba era, de alguna forma, peor que la anterior. Costó mucho esfuerzo hacer que Ryan realmente odiara a alguien, pero Psyshock había ganado la lotería.

—Te voy a liberar, Cesare —dijo el lunático en respuesta, mientras Frank lograba liberar su mano del agujero que él mismo había creado—. Voy a liberarte de ti mismo.

—Sabes, matarme solo será una solución temporal —gritó Ryan, sacando una granada de su abrigo y lanzándola hacia los dos—. ¡Solo la terapia puede ayudarte con tus problemas!

La granada explotó justo frente a la cara de Frank, manifestando una poderosa explosión.

Y así fue...

Absolutamente nada. El gigante ni siquiera se inmutó, y Psyshock se retiró tras su guardaespaldas en busca de seguridad. Peor aún, un aura carmesí rodeaba el cuerpo de Frank, y el Psycho parecía crecer unos centímetros más alto.

“Vaya apuro.”

“¡Pearl Harbor...!” tembló Frank como si sufriera un episodio de trastorno de estrés postraumático.  
“Es como volver a Pearl Harbor...”

“¿Perdón?” preguntó Ryan.

“¡Jamás perdonaré a los japoneses!” gruñó, levantando los puños con furia y golpeando el techo, haciendo temblar el pasillo. “¡Nunca los perdonaré! ¡Nunca, nunca!”

Ryan empezó a entender por qué le llamaban Frank el Loco.

Sin embargo, si podía resistir granadas y absorber metal, entonces el mensajero no tenía nada que pudiera derrotar a aquel tipo. Tal vez una bomba atómica, pero claramente, eso pondría fin a la misión aquí y ahora. Ryan debía idear una solución rápidamente.

Las luces comenzaron a fallar, y pequeños pasos resonaron en el pasillo. Ryan miró preocupadamente por encima de su hombro.

La figura de peluche entró en el corredor portando el cuero cabelludo del Chico Pálido, con sus ojos brillando con malicia.